

La influencia de la música en el arte

ELGA WIMMER

Este es un viaje a través de la música y las artes visuales, de Nueva York a París, a Dubai y de vuelta a Nueva York, investigando a artistas cuya obra se basa en la música o está influida por ella. A lo largo de la historia, la música y el arte se han considerado una pareja divina, pero ¿cómo se traduce ese binomio en la práctica contemporánea?

Hoy en día la música está disponible al instante en el smartphone de todo el mundo, creando una atmósfera sónica en cada espacio por el que nos movemos, desde oficinas corporativas a restaurantes o gimnasios. ¿Cómo eligen los artistas visuales entre esta sobrecarga para utilizar el sonido en sus esculturas, pinturas, vídeos, películas y actuaciones?

En una reciente visita a la Bienal de Sharjah, me detuve en Dubai, donde descubrí la Galería Efié, en el distrito de Alserkal -la versión dubaití del Chelsea neoyorquino-, una galería de arte contemporáneo que destaca obras de artistas de origen africano. Tras recorrer la exposición de la artista etíope Aida Muluneh en la planta baja, el director de la galería, Kwame Mintah, me condujo a la Galería Rekord, en la segunda planta, donde se exponen raros discos de vinilo de todo el mundo. Estos discos son una de nuestras formas de arte más ricas, pues abarcan el arte de la portada, la especificidad histórica de las notas del forro y la propia música. La Galería Rekord es una caja de Pandora de discos, que incluye obras como Ikoyi Blindness (1975) del artista nigeriano Fela Kuti, The Word II (1975) del artista japonés Shigeo Sekito, y Prince of Space, Musik der Leere (1959) del legendario artista francés Yves Klein. Para la pieza de Klein, Charles Wilp dirigió la Orquesta Filarmónica del Espacio Exterior en una grabación "sin sonido", en la que el oído sólo detectaba el sonido de la aguja al tocar el disco. Esta composición se relacionaba perfectamente con la exposición sin arte de Yves Klein de 1958, "El vacío", en Iris Clerf de París. La galería, pintada de blanco por el artista, sólo exhibía una vitrina vacía.



Christian Marclay, *Just Take My Body* (from the series "Body Mix"), 1991. Courtesy Paula Cooper Gallery, New York. Photo: Steven Probert



Christian Marclay, *They Only Come Out at Night* (from the series "Body Mix"), 1991. Courtesy Paula Cooper Gallery, New York. Photo: Steven Probert



Christian Marclay, *Foot Stompin* (from the series "Body Mix"), 1991. Courtesy Paula Cooper Gallery, New York.

La obra del artista multimedia Christian Marclay, afincado en Nueva York y Londres, también tiene su origen en el ámbito del sonido. Desde finales de la década de 1970, ha explorado el potencial de los discos de vinilo comprados principalmente en mercadillos y manipulados manualmente en tocadiscos, así como de innumerables muestras digitales. Colecciona diversas pistas fragmentarias para crear "objetos sonoros" únicos. Como a Yves Klein, a Marclay le fascina la invisibilidad y la aparente inmaterialidad del sonido. Al mismo tiempo, se interesa por los objetos físicos relacionados con la música. En la reciente exposición de Marclay en el Centro Pompidou, una pared estaba cubierta de "mezclas de cuerpos", portadas de discos mezcladas y apiladas para formar cuerpos surrealistas (la cara de David Bowie, el vientre medio de una mujer en vaqueros, las piernas de una mujer con medias de encaje): una especie de Cadáver Exquisito de portadas de discos icónicas y sexys, expuestas en una instalación lúdica. La pared parecía un monumento visual a leyendas del pop, de Diana Ross a Grace Jones, de Bowie a Prince. Marclay combina a la perfección el arte elevado y el bajo, los iconos del pop y los directores de orquesta clásicos, el juego y la política.

Lo que no puedes oír ni ver es a menudo un elemento importante de la obra de Marclay. Su instalación "Guitar Drag" (2000) muestra un vídeo rodado en Texas, donde el artista arrastraba una guitarra eléctrica detrás de una camioneta. La cacofonía resultante, canalizada a través de un amplificador, evoca la música noise y la destrucción de instrumentos en los conciertos de rock. La Fender Stratocaster, arrastrada como un cadáver detrás del camión, evoca una oscura historia de esclavitud sureña y Blues, así como, más concretamente, el asesinato de James Byrd Jr. cerca de Jasper, Texas, en 1998.

Desde finales de la década de 1980, la artista neoyorquina Carol Szymanski utiliza símbolos fonéticos, sonido y lenguaje para crear esculturas de latón que parecen instrumentos musicales. La práctica de Szymanski también incluye composiciones que luego tocan en sus "instrumentos" músicos profesionales. Señala que el cuerpo humano y la boca dan forma al sonido que luego se transfiere a sus esculturas. En octubre de 2022, Szymanski presentó el estreno mundial de la Phonemophonic Alphabet Brass Band, una colaboración entre la escultora y el trompetista de vanguardia Jaimie Branch. Esta actuación, que tuvo lugar en el histórico Park Avenue Armory de Manhattan, presentó una animación sonora de 26 esculturas de cuerno de latón, cuyas formas se basan en el alfabeto fonético.

Patrice LeRochereuil, artista francés residente en Nueva York desde 1987, manifiesta una afinidad con el movimiento Fluxus en sus actuaciones, dibujos, pinturas y esculturas. El sonido y la música están muy presentes en obras como *Do-mi-do Dominos* (2018), un cuadro de un piano cuyas teclas corresponden a fichas de dominó con diferentes números, cada uno de los cuales coincide con una nota musical. Al igual que los miembros de Fluxus Dieter Roth y Wolf Vostell, LeRochereuil a veces destruye instrumentos. En su performance *Déjame morir...* (2018) creó un sonido agravante taladrando agujeros en una guitarra con una herramienta eléctrica. El artista empezó la actuación tocando una canción de Bob Dylan con la guitarra, luego paró, empezó a taladrar y repitió el proceso, hasta que la guitarra dejó de funcionar (Zúrich, Cabaret Voltaire, "100 años de Dadá", 2016). Así, la guitarra agujereada se convirtió en una escultura como un readymade duchampiano. También recuerda cierta violencia, pero en un sentido poético y humorístico, que es la esencia de la obra de LeRochereuil.



Patrice LeRochereuil, *Do-Mi-Do Dominos*, 2018



Patrice LeRochereuil, *Let Me Die...*, 2018



Tahmineh Monzavi *Past Continues* performer Ava Darvishi



Theaster Gates, *Billy Sings Amazing Grace* (still), 2013. Courtesy of Theaster Gates Studio, Chicago. Photo: Chris Strong



Phonemophonic Alphabet Brass Band courtesy Carol Szymanski studio



Tahmineh Monzavi *Past Continues*, musician Fazila Zumin

Theaster Gates utiliza la música como medio de comunicación a través de las fronteras sociales y raciales, como parte de su mezcla multidisciplinar de práctica social, activismo, artista de performance y desarrollo urbano visionario. En Documenta 13 (2012), se instaló en un hotel abandonado, la Huguenot House, con sus amigos artistas, que se reunían aleatoriamente para improvisar. Las actuaciones de *The Black Monks of Mississippi* convirtieron la Huguenot House en un eje central de la vida espiritual de la Documenta 13. Esta actuación se trasladó en parte a la Bienal de Sharjah de este año (del 7 de febrero al 11 de junio), con la presentación de la película *Billy Sings Amazing Grace* (2013), crónica de un ensayo de *The Black Monks*. Inspirándose en el Blues en su improvisación, el cantante Billy Forston ofrece una desgarradora interpretación de estilo gospel. La crudeza de su entrega es cautivadora, y recuerda a los primeros grandes del Blues, como Bessie Smith y Blind Lemon Jefferson. ¡El trabajo de Theaster Gates nunca deja de sorprender!

Tahmineh Monzavi es una artista iraní que trabaja en cine y fotografía. *"El pasado continúa"* (2008 -2016) es una serie de cortometrajes rodados en casas abandonadas y desgastadas y en edificios históricos de Afganistán e Irán. Allí, los artistas bailan, cantan y recitan en su lengua materna, transmitiendo una sensación de tragedia. En una de las películas, en un lugar abandonado -por el que sólo deambula un gato-, la música Fazila Zamiri (de Kabul) interpreta sonidos espeluznantes con un rubab (un laúd de cuello de concha punteado, instrumento nacional de Afganistán). Es una conocida miembro de la Academia de Música de Afganistán. En otra película de la serie, la artista iraní Ava Darvishi (muy conocida en el teatro de Teherán), baila en una ruina al son de la música de su hermana, Aftab Darvishi, de un modo que recuerda a la Danza de los Siete Velos (la danza de Salomé ante el rey Herodes, tal como se presenta en la obra *Salomé*, de Oscar Wilde). La actriz e intérprete, vestida con velos negros, expresa un profundo dolor y lamento. Las mujeres de Afganistán e Irán, a pesar de los esfuerzos por hacerlas invisibles, han alzado sus voces para oponerse a la dictadura y a la guerra mediante lo que el autor estadounidense Hakim Bey denominó "terrorismo poético", una forma de detener a la gente mediante una manifestación pacífica y poética.

La simbiosis de la música, las artes visuales y la performance provoca una respuesta emocional compleja, estimulando varios sentidos a la vez, desbloqueando emociones, desencadenando recuerdos e inspirando la acción. Los artistas contemporáneos de "La influencia de la música en el arte" utilizan ese poder con gran eficacia.